
Vivos queden en la muerte

Noé Jitrik

La muerte, se sabe, es un hueso duro de pelar. Mentalmente, sin embargo, se la entiende y se la admite: es el lógico precio que tenemos que pagar por el privilegio de haber sido puestos, arbitrariamente, en la cadena del tiempo, también llamada rueda o carro del tiempo. Visceralmente, en cambio, es rechazada: es temible su llegada, es siempre inoportuna, a menos que se piense, como lo daba a entender Juan Sebastián Bach cuando tituló una de sus piezas “Ven, dulce muerte”, que es un premio, que es la puerta de acceso a una zona de calma, mar de calma también le dicen. En este temor nos la figuramos acechante, retorcida, cruel, y quizás tenga esos atributos. Si se le pudiera preguntar, como lo intentaron en la Edad Media exaltados ermitaños, por qué es así, tal vez respondería que los seres humanos, que no son todos mexicanos, la hicieron así de siniestra, oculta, moradora de las sombras. Pero ni siquiera es benevolente con los mexicanos que, hasta la fecha, pese a festejarla con figuritas de caramelo, tampoco son inmortales y, por el contrario, han estado siempre a los codazos con ella, violenta ella, violentos ellos. Eso de que se la admite es casi siempre para los demás: es excepcional que sea para el que lo dice o lo reconoce; eso de que se la teme es para uno, aunque el amor, que suspende por unos instantes el implacable apretón de la cadena del tiempo, derrota ese sentimiento egoísta y lo torna altruista: se teme también, en el amor, por la muerte de los demás: yo no quiero que mueran aquellos a quienes amo, la imagen me resulta inaceptable, estoy dispuesto a pensarlo todo de nuevo para que eso no suceda. Y esos a quienes amo son los que amo porque conozco y sus cuerpos y sus palabras me son imprescindibles y aquellos a quienes no conozco pero siento como imprescindibles para una lógica de la vida; me refiero a los elegidos de los dioses, a los jóvenes, a aquellos que intentan pelearle a la muerte, palmo a palmo, su primacía e intentan darle un sentido

a la vida: vivir la vida de tal suerte, dice, creo, Jorge Manrique, que viva quede en la muerte. De modo que el temor altruista, por así decirlo, debería ser activo, uno debería tratar de impedir que aquellos a quienes se ama sean tocados por su dedo gélido. Uno debería impedir, pero no lo hace o no lo hizo porque estaba igualmente cercado, que los enemigos de la vida sean los vehículos de la muerte. Y esos enemigos de la vida son muchos, están por todas partes, nuestro tiempo es generoso en enemigos de la vida y vehículos de la muerte. En este rincón del planeta llamado Argentina que, sin embargo, tiene sobre su territorio una luz que parecería garantizar una vida eterna, somos especialistas en engendrar vehículos de la muerte: hay matadores, andan entre nosotros a la espera de la oportunidad, tienen tanta convicción sobre lo que deben hacer que eso se convierte en política, en profesión, he aquí los políticos que planean la muerte de los demás para arreglar el asunto, he aquí los militares que se han llevado decenas de miles de cuerpos para arreglar el asunto. Muertes dolorosas, nunca hubieron debido producirse aunque, tal vez, si no hubieran sido arrebatados apresuradamente algunos de esos muertos jóvenes habrían llegado a padecer la confusión que ahora nos invade y nos llena de preguntas angustiosas. A lo mejor, por el contrario, habrían seguido enfrentando el universal temor a la muerte mediante el ejercicio del amor. Pero el ser humano es débil y perplejo, todo eso lo confunde aunque hay en esto y en el día de hoy algo muy claro: las muertes argentinas de las últimas décadas son inaceptables y no se las puede olvidar. Debemos pelear contra nosotros mismos para no olvidarlas o, más aún, debemos luchar contra el temor a nuestra propia muerte para no olvidar a esos muertos jóvenes cuyos nombres están grabados en estas piedras de los ríos siempre jóvenes de esta región luminosa del mundo. Son ahora unas palabras puestas en unas piedras: las piedras que han sido siempre el punto de encuentro entre temor al olvido y garantía de la memoria porque son capaces de admitir una incisión duradera, porque admiten el milagro de la escritura que, como el amor, está hecha desde la muerte y puede reducirla. Los seres humanos siempre han visto en la piedra el aliado de su conflicto: sólo la roca, nada más que la roca dice Eliot, y eso que no había conocido las piedras de las Altas Cumbres, las eternas piedras escalares, dice Neruda para indicar cuál es el milagro Macchu Picchu. Esas piedras que recuerdan las muertes feroces de los jóvenes que entregaron su vida para que la vida cambiara de

signo son un impacto en la frente de los que las ejecutaron o de los que nada hicieron ni sintieron cuando se produjeron. Por eso deberían multiplicarse, deberían instalarse piedras como éstas en todo el país que las permitió: sólo estaremos en paz cuando un grupo de piedras como éstas, con el sentido que tienen, esté colocado en todas las ciudades y pueblos del país, incluso en el centro mismo de la Plaza de Mayo de la ciudad de Buenos Aires, donde una pirámide equivoca sin duda sobre lo que la piedra puede significar.

En cada calle de París, modestas, hay placas que recuerdan la muerte de un miliciano contra el bárbaro invasor alemán. Miles de seres anónimos tuvieron el valor y la imaginación de recordar un sacrificio. Esa ciudad no sería la misma sin esos nombres grabados en sus muros, a modo de altares laicos, patrióticos o republicanos o nacionalistas. En la Argentina, especialistas en generar ejecutores, hemos reprimido la imaginación de la memoria: se diría, al recorrer el país, que aquí nunca pasó nada, que la muerte no hizo lo que quiso en los años de la dictadura: no hay huellas de los campos de exterminio, los asesinos de arriba, del medio y de abajo no han sido realmente perseguidos ni condenados y los que lo fueron han sido liberados y viven mascando sus proezas, aliados serviciales de la muerte. Tal vez ahora, con estas piedras, empecemos a poner las cosas en su lugar puesto que no podemos devolver la vida a los que murieron jóvenes: la imaginación de este modo de recuerdo puede propagarse y si no el retorno a los cuerpos amados al menos podremos sentir que no evitamos su contacto, que rechazando la muerte para ellos, que sin embargo la sufrieron, la alejamos también un poco de nosotros, que nada pudimos hacer para evitarla.